

## LOS EFECTOS DE LA TELEVISION EN NIÑOS Y ADOLESCENTES

por el Dr. WILBUR SCHRAMM

Director del Instituto para Investigaciones de la Comunicación  
de la Universidad de Stanford, EE. UU.

*N. de la R.:* El trabajo que presentamos a continuación encabeza una muy extensa publicación de la UNESCO (Estudios y Documentos de Información N° 43), dedicada a presentar una completa bibliografía comentada sobre el tema de la influencia de la televisión en el niño y el adolescente. Hemos considerado que a pesar de ser sólo una introducción, contiene la unidad y el interés necesarios como para hacer de él una publicación aparte. Sin embargo, por razones obvias, hemos conservado como Prefacio el *Avant-propós* de dicha publicación. No obstante, repetimos, este trabajo no es más que una introducción a la publicación mencionada. Las notas bibliográficas, al final del artículo, pertenecen justamente, aunque sin el comentario pertinente, a la publicación de la UNESCO y los números que las señalan corresponden a una ordenación nuestra.

## I

*Después de la publicación por la UNESCO en 1961 de una bibliografía internacional sobre "La influencia del cine en los niños y los adolescentes" (Colección Estudios y Documentos de Información, N° 31), se decidió la preparación de una obra análoga consagrada a la televisión.*

*Se había juzgado conveniente confiar la elaboración de esta bibliografía a la Asociación Internacional de Estudios e Investigaciones sobre la Información, y, en consecuencia, la UNESCO concluyó un contrato para este efecto con dicha organización internacional no gubernamental. A su vez, la AIERI encargó a uno de sus miembros, M. Wilbur Schramm, asegurar la puesta en práctica de la redacción de esta bibliografía. Nos permitimos atraer la atención de los lectores sobre la Introducción (N. de la R.: en este artículo se prefirió omitir esta Introducción por ser relativa más bien al trabajo bibliográfico -a que está abocada la publicación originaria que al comentario preliminar de éste, que es el que transcribimos traducido del francés), en el cual son definidos los criterios según los cuales, en acuerdo con el AIERI, han sido escogidos los trabajos citados. Se notará a este propósito que la presente bibliografía no menciona más que artículos que traten de las investigaciones sobre el comportamiento, es decir, publicaciones cuyas conclusiones están fundadas en experimentaciones, encuestas o estudios clínicos relativos al comportamiento de los seres humanos. La elección está, pues, más restringida que para la bibliografía consagrada a la influencia del cine, puesto que excluye todos los comentarios,*

*por interesantes que sean, que estén fundamentados en opiniones personales más que en testimonios científicos.*

*Ninguna bibliografía que trate acerca de un medio de expresión que se desarrolla tan rápidamente como la televisión puede pretender ser completo o definitivo, pero esperamos que esta publicación, a pesar de las lagunas que ella pueda presentar, no solamente constituya una útil fuente de conocimientos, sino que incite a otras personas a proporcionarnos información de la cual podamos hacer uso en caso de que fuera necesaria una nueva edición.*

*Señalamos, finalmente, que los documentos que figuran en esta publicación han sido escogidos y presentados por el Dr. Schramm y la AIERI; las opiniones expresadas son las del AIERI y del director de la publicación y no representan necesariamente los puntos de vista de la UNESCO.*

*El estado actual de las investigaciones*

Las investigaciones sobre los efectos de la televisión han estado precedidas por una veintena de años de investigación acerca de un medio de expresión completamente análogo, el cine. Cuando aparecieron los primeros estudios consagrados a la televisión, hacia fines del año 40, existían ya numerosos trabajos acerca del cine. Entre los últimos, se contaba la importante colección subvencionada por la Payne Fund durante los años que siguieron a 1930, y un cierto número de estudios sobre las posibilidades de los filmes educativos. Se puede decir que casi todas las cuestiones importantes promovidas por los investigadores concernientes a la televisión —creación de una necesidad— efectos sobre las horas libres, adquisición de conocimientos, incitación a la violencia, relaciones con la criminalidad y la delincuencia, influencia sobre la adaptación mental, etc., habían sido anteriormente manifestadas y estudiadas a propósito del cine. Es así como al comenzarse las investigaciones sobre la televisión, los principales problemas con los cuales había que encararse estaban ya formulados, las hipótesis para resolverlos estaban listas para ser puestas a prueba y se había adquirido ya una útil experiencia en ciertos procedimientos metodológicos.

A pesar de esto, cuando la televisión ha sido introducida en un país, las investigaciones concernientes a ella han pasado por todas las fases habituales. Cuando se ha comenzado a estudiar los efectos de ella en los niños, generalmente se ha examinado en primer lugar el comportamiento delante de la pantalla: ¿cuánto tiempo pasan los niños delante del televisor? ¿En qué momentos del día? ¿Qué programas ven? En seguida se ha indagado por los efectos de la televisión en las horas libres, por ejemplo, en el tiempo consagrado a los juegos, en el tiempo de permanencia en el hogar, en el tiempo dedicado al estudio, a la lectura, a oír la radio, el cine, etc. En tercer lugar, ha habido interés por las reacciones de los niños delante de la televisión; ¿qué programas prefieren los niños? ¿qué consideran como verdadero en el contenido de los programas? ¿qué los asusta o qué los entretiene? En último lugar, las investigaciones han abordado los problemas verdaderamente difíciles de la influencia de la televisión en el sistema de valores, en los conocimientos, en la salud física y mental, y en el comportamiento social.

Las tres primeras series de cuestiones han sido estudiadas en cierto número de países. Teniendo en cuenta las diferencias de cultura así como el carácter y el volumen de las emisiones, que varían según el país, se puede predecir con alguna certeza el comportamiento probable de los niños ante la pantalla cuando la televisión sea puesta a su disposición, los cambios que la televisión aportará a sus actividades en las horas libres, y sus reacciones ante la pantalla.

En lo concerniente a los problemas de la cuarta categoría, nuestros conocimientos son mucho menos seguros. No tenemos ninguna razón para pensar que la televisión pueda tener efectos malignos en la salud, o ser la causa única y suficiente de comportamientos antisociales como la delincuencia y el crimen. Pero las relaciones de la televisión, *en tanto causa contribuyente*, con el comportamiento antisocial, su rol en la creación de valores y la adquisición de conocimientos, las interacciones entre la televisión, por una parte, las inadaptaciones y las enfermedades mentales, por otra, son problemas infinitamente complejos de los cuales se está aún lejos de haber considerado todos sus aspectos. Cuatro importantes estudios publicados en estos últimos años (dos en Europa, uno en Norteamérica y uno en Asia), resumen e ilustran el estado actual de las investigaciones en este dominio. Son éstos los estudios de Himmelweit, Oppenheim y Vince (1), de Maletzke (2), de Schramm, Lyle y Parker (3), y el de Furu y colaboradores (4). Todos contienen testimonios con pruebas acerca del comportamiento de los jóvenes respecto

a la televisión, la influencia de la televisión en la organización de sus horas libres, y las reacciones de los niños en los programas televisados en un muestreo extenso y representativo. Al analizar otras investigaciones, al comparar a los niños que tienen la posibilidad de ver televisión con los que no la tienen, al extrapolar los resultados de las encuestas, estos estudios también proporcionan ciertas respuestas al difícil problema de los efectos de la televisión. Sin embargo, en este último dominio —efectos de la televisión sobre los valores, los conocimientos, la salud física y mental y el comportamiento social—, sus conclusiones son menos sólidas que en lo que concierne al comportamiento delante de la pantalla, el efecto sobre los ratos libres y las reacciones. El método de las encuestas casi no permite ir más lejos en la comprensión de los efectos de la televisión en los niños, o bien sería preciso apelar más ampliamente a los métodos experimentales y clínicos y si es posible, proseguir las investigaciones durante un período suficientemente largo. Parece que las investigaciones consagradas esencialmente a las relaciones entre la televisión y la agresividad pueden dar resultados interesantes (Maccoby, Siegel, Bandura, Lovaas, Berkovitz, etc., en los Estados Unidos; Barry, Thompson y otros, en Australia), pero los trabajos publicados no contienen más que un número sorprendentemente débil de observaciones clínicas.

Por otra parte, aún investigaciones más numerosas y realizadas con mayor cuidado, no permitirían necesariamente dar a estos difíciles problemas de las influencias una respuesta tan clara como las que esperamos encontrar cuando se trata de efectos materiales. No sería del todo inútil explicar aquí las razones.

*Por qué son difíciles de estudiar  
los efectos de la televisión*

Los efectos son más difíciles de estudiar en los seres humanos que en las cosas, en particular porque no podemos, o no queremos, practicar experiencias en los seres humanos como las practicamos en las cosas. Podemos someter a prueba un gramo de fierro, una probeta de ácido clorhídrico o una onda radioeléctrica de tres mil kilociclos sin temer infligir un sufrimiento, perjudicar una personalidad, enseñar un mal hábito o humillar a un individuo ante sus semejantes; pero este pensamiento no nos abandona cuando experimentamos sobre niños. Nuestro código moral nos prohíbe, por ejemplo, descubrir si la televisión engendra o no la delincuencia al tratar de provocarla, por un método experimental clásico, por medio de la televisión. Así, numerosas experiencias susceptibles de servir de prueba, pero crueles, no pueden ser practicadas

en los seres humanos, y menos aún en los jóvenes a quienes tenemos el deber de asegurar su bienestar. Por otra parte, estos efectos, cuyas posibilidades de estudio son tan limitadas, son de una extrema complejidad. Un niño reacciona ante un programa de televisión con todos los actos de su vida.

El estímulo de la televisión penetra en un sistema nervioso que haya sufrido ya un largo entrenamiento, lo que determina la manera de la cual el nuevo estímulo será percibido, así como las reacciones que provocará. Si este nuevo estímulo es aceptado, puede agregarse a la formación adquirida y por consiguiente influir a su vez en la reacción que provocará un estímulo completamente diferente. La reacción en un programa de televisión será también influida por las relaciones del joven espectador con el grupo social al cual pertenece. En otros términos, no importa qué aspectos del comportamiento complejo del niño correspondan probablemente a qué causa compleja, y es extremadamente difícil discernir en cada caso el papel que pudo haber jugado tal o cual programa de televisión. Es éste un hecho tanto más importante cuanto que los efectos de un estímulo continuo, como el de la televisión, pueden agregarse.

Lo que parece no tener ningún efecto inmediato puede contribuir más tarde a desencadenar una reacción, lo mismo que las numerosas gotas de agua calcárea que caen una a una en la bóveda de una gruta, terminan por constituir en el curso de los siglos una gigantesca estalagnita.

Debido a la complejidad de las causas, tenemos tendencia a sobreestimar la influencia de un programa de televisión que parece tener alguna relación con esas causas; debido a que los efectos son acumulativos y no se manifiestan a menudo más que a largo plazo, es posible que subestimemos a veces la influencia de tal otro programa que nos parece inofensivo.

Ni siquiera es necesario recordar a los padres, a los maestros y a los investigadores especializados que un mismo programa puede provocar reacciones diferentes según los niños. Un niño reacciona en función al conjunto de su experiencia en el dominio en cuestión, y en función a toda su propia personalidad. El producto químico dentro del tubo de ensayo espera pasivamente la adición de una substancia experimental, pero el niño ante la televisión es un ser activo que busca, escoge, se acomoda y reacciona. Lo que él aporta a la televisión es, pues, tan importante como lo que la televisión aporta a él. Nos encontramos en presencia de una acción recíproca muy compleja.

El investigador que debe decidir la manera por la cual abordará el estudio de estas relaciones complejas y

oscuras entre las causas y los efectos, se encuentra colocado ante una cruel alternativa: si quiere efectuar una experiencia controlada y clara, puede crear en el laboratorio una situación tal que le permita tomar nota durante un período determinado de las experiencias con dos grupos de niños. Al someter a un grupo a todas las experiencias que sufrió el otro, menos una, él tendrá derecho en gran medida, a atribuir a esta experiencia única las diferencias de comportamiento que se observe en ambos grupos. Pero en el laboratorio sólo hay acción sobre una parte de la vida. Ni siquiera se pueden observar efectos acumulativos. El investigador deberá ser muy prudente y muy circunspecto cuando se trate de decir en qué circunstancias se manifestaron también al exterior, en la vida normal, los efectos observados en el laboratorio. Inversamente, si él quiere colocarse en las condiciones mismas de la vida, le será mucho más difícil controlar su experiencia. El investigador trabajará, en alguna manera, con un tubo de ensayo no esterilizado, en condiciones mal conocidas.

Ninguno de estos problemas es privativo de la televisión: se los encuentra en las investigaciones relativas a numerosos tipos de comportamiento humano. Las dificultades que ellos presentan son todavía bastante grandes como para que no esperemos resultados igualmente importantes, igualmente rápidos y específicos de parte de los investigadores consagrados a los efectos de la televisión.

#### *¿Por qué ven televisión los niños?*

¿Por qué los niños se interesan por la televisión? En primer lugar, porque evidentemente el aparato de televisión está al alcance de la mano y es fácil de utilizar. Cuando el investigador quiere encontrar móviles psicológicos más profundos que la comodidad de acceso, llega generalmente a conclusiones muy próximas a las de Keilhacker, en lo que concierne a los filmes cinematográficos (5), a saber, que los jóvenes van al cine primeramente para evadirse de la vida cotidiana, y segundo, para conocer mejor la vida real. Es así que Himmelweit y colaboradores, declaran que la televisión atrae a los niños porque les da ocasión "de descubrir la verdad, de penetrar en las bambalinas, de conocer mejor el mundo y las gentes. Desde el punto de vista emotivo, la televisión... les parece tranquilizadora, porque el tema y el estilo de numerosos programas tienen para ellos un aspecto familiar, en particular, los folletines familiares y los *western*. Ella les ofrece imágenes siempre nuevas que los apasionan y los mantienen en suspenso. La televisión les permite escapar de las exigencias de la vida cotidiana gracias

a su jovialidad, su esplendor, su novelaría, y les permite identificarse con diversos héroes prestigiosos”.

Schramm y colaboradores (3), han legado igualmente a la conclusión de que el atractivo de la televisión se explica por dos grandes categorías de razones: “Existe en primer lugar una razón evidente: el placer pasivo de que a uno lo diviertan, de vivir en un mundo imaginario, de tomar parte indirectamente en aventuras palpitantes, de identificarse con personajes apasionantes y seductores, de olvidar las dificultades de la vida real, de escapar al tedio de la vida cotidiana; en otros términos, todas las formas de placer que puede procurarnos la presencia en nuestro salón, a nuestra disposición, de un extraordinario medio de distracción... pero los niños encuentran también en la pantalla, de ordinario y sin buscarlos ahí, elementos de información que no carecen de importancia... las niñas declaran que ellas aprenden qué peinado adoptar, cómo caminar y hablar, qué vestidos escoger según su talla y su corpulencia, al observar los modales cuidados de las mujeres que aparecen en la pantalla. Aprenden también ciertos detalles relativos a las maneras y usos... los muchachos observan la manera cómo los jóvenes se visten en California o en Nueva York. Algunos declaran que ellos aprenden mucho al mirar a los buenos atletas... Los niños afirman a propósito de la televisión: “Las noticias parecen más reales cuando se ve donde han sucedido”.

Los mismos autores dan también otra razón para la atracción que ejerce la televisión, a saber, su carácter social. “Los adolescentes han descubierto en la televisión un pretexto cómodo para reunirse muchachos y muchachas, y una manera de pasar el tiempo durante las citas... Los programas de la víspera, que constituyen una especie de experiencia vivida en común, proporcionan excelentes temas de conversación... Este papel social de la televisión no es esencialmente diferente del papel del automóvil o de cualquier otro instrumento que reviste una gran importancia a los ojos de los niños”.

Al preguntarse “¿Por qué los niños ven la televisión?” (6), Maccoby hace notar que cuando decimos que la televisión interesa a un niño, no emitimos únicamente un juicio acerca del programa, sino también acerca del niño: “si él (el programa) es interesante, es que despierta un eco en el niño —que él responde a una necesidad particular, proporciona informes deseados o desata a veces un estado de tensión general”. El autor describe en seguida el papel de las imágenes mentales, que difiere según los individuos. Esta manera de abordar el problema se vuelve a encontrar en nume-

rosos análisis psicológicos del comportamiento del niño ante la pantalla, los cuales tienden a descubrir qué razones provenientes de la personalidad, de las relaciones de grupos, del acervo de experiencias del niño, incitan a éste a buscar en los programas televisados una cierta forma de experiencia y no otra.

*Los efectos de la televisión en los  
ratos libres del niño*

En un punto, en todo caso, la investigación no permite dudas: cuando los niños disponen de televisión, hacen de ella un uso fenomenal.

En muchos de los países citados en este artículo, se estima que el término medio de los alumnos de las escuelas primarias y secundarias (es decir, aquellos cuyas edades fluctúan entre los 6 y los 16 años) consagra a la televisión de doce a veinticuatro horas por semana. Las encuestas enseñan también que este término medio es ligeramente más elevado en los alumnos de las escuelas primarias que en los de establecimientos de segundo grado.

En los Estados Unidos, donde las encuestas han recaído sobre un número de niños muy superior que en cualquier otra parte (3), se estima que un niño de tres años pasa ya un término medio de 45 minutos por día ante la televisión. En el momento en que el niño comienza a ir a la escuela (5 ó 6 años), este término medio es cercano a las dos horas por día. Aumenta en seguida lentamente con la edad y a medida que el niño comienza a acostarse más tarde, alcanzando el máximo entre los doce o trece años con tres horas por día. Durante los años de enseñanza secundaria (de 13 a 16 años), el término medio disminuye gradualmente hasta alrededor de dos horas diarias. Esta curva concuerda con los otros testimonios sobre este tema, y los términos medios no son muy diferentes a los obtenidos en Inglaterra y en Japón. En Inglaterra, el estudio de Himmelweit, Oppenheim y Vince (1), da para los niños de 10 a 11 años y de 13 a 14, un término medio de 1,9 horas por día, ligeramente inferior al término medio americano para las mismas edades. La diferencia puede explicarse por el hecho de que en Inglaterra hay menos horas de televisión y menos de cadenas. Maletzke (2), ha calculado que entre los 15 y los 20 años, los jóvenes alemanes pasan apenas de siete a ocho horas por semana ante el televisor, es decir, sólo una hora por día. No se sabe si esto se debe al número más reducido de horas de difusión en Alemania, a la edad de los jóvenes considerados, o a una verdadera diferencia de intereses por la televisión entre jóvenes de países diferentes.

En todas partes donde la televisión se difunde durante un importante número de horas, tiene una influencia dominante en los ratos libres de los niños. Himmelweit, Oppenheim y Vince, han propuesto varios principios para ayudar a la explicación de los cambios que la televisión aporta a la estructura de los ratos libres. Las actividades con mayor agrado sacrificadas son aquellas que satisfacen las mismas necesidades que la televisión, pero con menor eficacia. Los niños, por ejemplo, van menos al cine cuando hay un aparato de televisión en casa; leen menos revistas con ilustraciones humorísticas, menos tiras cómicas en los periódicos, pasan menos tiempo oyendo la radio. Ahora bien, todas estas actividades responden aproximadamente a las mismas necesidades que la televisión. En cambio, la lectura de diarios y de libros que no sean ni novelas ni noticias, no es afectada por la televisión porque se trata de actividades que responden a otras necesidades. De igual manera, la frecuentación del cine se verá menos afectada si se trata de adolescentes en vez de niños, porque para los primeros el hecho de ir a un cine es una experiencia social que ellos saben apreciar, mientras que para los segundos, el cine no es más que un espectáculo de televisión en una sala de teatro. Para los niños y sobre todo para los adolescentes, la radio no juega el mismo papel cuando pueden ver televisión: en lugar de escuchar piezas de teatro, comedias o dramas, los jóvenes tienden a no pedir a la radio más que música popular. En último término, las actividades marginales y no organizadas ceden lugar más a menudo a la televisión que las actividades organizadas, hasta el momento en que, según el Dr. Himmelweit, "resulta de ello una reducción de los ratos libres propiamente tales, a medida que, como es inevitable, llevan los niños una vida más ocupada". Los tres principios son, pues, los siguientes: cuando la televisión entra en juego, toma el lugar de las actividades que cumplen una función *análoga*, pero no el de las otras; ciertas actividades (por ejemplo, escuchar radio), *cambian de papel*; por último, las actividades *marginales* o no organizadas desaparecen ante las que tienen un fin y son organizadas.

Los niños de familias que disponen de televisión, por lo general se acuestan más tarde que los de las otras (17 minutos de diferencia en Japón, 11 en Canadá (3, 4).

En Japón, la televisión ha hecho disminuir en 14 minutos cada tarde el tiempo consagrado por los niños a sus tareas y lecciones; en el Canadá, la reducción comprobada es demasiado débil para ser significativa. En este último país, los niños, en las ciudades que alcanzan a recibir televisión, pasan notablemente menos tiempo en jugar que en las otras ciudades compa-

rables entre sí. En Inglaterra y en Japón, sin embargo, no se ha comprobado ninguna reducción notoria del tiempo consagrado a las actividades sociales (1, 4). Pero el hecho más impresionante que surge de los estudios de la televisión y de los estudios sobre los ratos libres, es el número extraordinariamente elevado de horas pasadas delante de la televisión durante la infancia. En todos los países en que la televisión funciona más de algunas horas por día y en los que no se ha podido medir con precisión el tiempo que los niños le dedican, se ha comprobado que entre los 6 y los 16 años, los niños pasan en término medio 500 a 1.000 horas anuales ante la pantalla, lo que representa un total de 6 mil a 12 mil horas en los 12 años de escolaridad. Este último total corresponde aproximadamente al número de horas pasadas en la escuela durante el mismo período, teniendo en cuenta las vacaciones y los días feriados.

#### *Los efectos sobre el gusto*

Los niños pasan tantas horas ante la televisión, en ver sobre todo programas que no se caracterizan por su valor cultural, que los críticos se han preguntado si la televisión "degradaría" el gusto de los niños en lo que concierne a las entretenciones. Las investigaciones no aportan juicios de valor como el que implica la palabra "degradar", pero nos enseñan sin embargo interesantes cosas acerca del gusto.

Cuando los niños comienzan muy jóvenes a ver televisión, se interesan al principio por los programas especialmente hechos para ellos, espectáculos de guiñol, historias de animales, cuentos y canciones infantiles, etc. Pero tardan muy poco en descubrir y en preferir los programas destinados a los adultos. Son éstos, sobre todo, los programas más violentos, comprendidos allí los "westerns", las aventuras y las historias de crímenes que les complacen. En consecuencia, desde sus primeros años de escuela, ellos ven un número mayor de programas para adultos que de emisiones infantiles. En todos los países en que es posible escoger y en los que ha sido estudiado el comportamiento de los niños ante la pantalla, se ha comprobado esta preferencia por los programas destinados a los adultos. En Estados Unidos, Schramm, Parker y Lyle (3), han calculado que los niños dedican hasta dos tercios del tiempo que ellos pasan delante de la televisión a los programas principalmente vistos por los adultos.

En lo que concierne a los programas particulares, las preferencias son extremadamente diversas. Aun los niños de la misma edad, del mismo sexo y del mismo nivel intelectual, están muy lejos de tener los mis-

mos "programas favoritos". Himmelweit, Oppenheim y Vince (1), han notado que la emisión generalmente más apreciada no había sido mencionada más que por un tercio de los niños, en cada uno de los dos grupos de edad que ellos estudiaron.

Cuando el niño alcanza los 10 o los 12 años, sus gustos ya están bastante claramente definidos y parecen ser los mismos cualquiera que sea el medio de expresión. Queremos decir que a un niño que le gusta el contenido de ciertos programas televisados apreciará también los filmes y los artículos de revista de un contenido análogo. En lo que concierne a este contenido, los gustos de los niños están en función de la edad, del sexo, de la inteligencia, de las normas y de los gustos de la familia.

Se ha preguntado si los niños "verían lo que les gusta" o si "les gustaría lo que ven". Por ejemplo, ¿llegan ellos a gustar de las escenas de violencia porque no se les ofrece a la misma hora ningún otro programa verdaderamente interesante, o bien porque los programas "violentos" ocupan un espacio tan largo en las emisiones que los niños terminan por desestimar los programas que los críticos estiman de un nivel más elevado? La cuestión no está aún completamente dilucidada, pero las investigaciones nos aportan al menos una interesante comprobación a este respecto: Himmelweit y sus colaboradores han comprobado que cuando existía en Inglaterra un solo canal de televisión, y los niños no tenían la posibilidad de escoger más que entre apagar el televisor o ver un programa que no esperaban encontrar muy interesante, ellos preferían a menudo ver este programa y terminaban interesándose en él. Así, sus gustos se amplían y, en su conjunto, sin duda se mejoran. Pero si los niños tienen al mismo tiempo la posibilidad de elegir entre dos programas, tienen tendencia a escoger el programa que ellos ya han encontrado interesante, y en consecuencia, su gusto se cristaliza y se limita.

*La televisión como medio de adquirir conocimientos*

Numerosas observaciones permiten hoy día afirmar que un buen maestro puede enseñar de un modo eficaz por medio de la televisión. Nadie pretende, evidentemente, que la televisión responda a todas las necesidades de la educación; no podría ella, por ejemplo, substituir las discusiones orales, los trabajos de laboratorio, la redacción de disertaciones o las tareas y lecciones de la tarde. Pero en la medida en que la enseñanza se otorga por medio de conferencias y demostraciones, sólo la televisión posee la ventaja de ofrecer a todos la mejor enseñanza y las demostraciones más convincentes. Más de 400 comparaciones efectuadas en los Estados Unidos entre cursos en los cuales la enseñanza se dispensaba

LA TELEVISION Y LA ADQUISICION DE CONOCIMIENTOS: ALGUNOS RESULTADOS

<i>Influencia de la T. V. en los resultados escolares</i>	<i>Influencia de la T. V. en los conocimientos generales y el vocabulario</i>
GRAN BRETAÑA	
Entre los niños inteligentes, los telespectadores obtienen resultados inferiores a los otros (1).	Influencia favorable únicamente en los niños muy pequeños o de espíritu lento (1).
En el conjunto, los escolares que ven la T. V. tienen menos éxito en sus estudios que los otros (8).	Los escolares que ven T. V. responden a los test de conocimientos generales mejor que los otros (8).
CANADA	
	Los niños que ven T. V. tienen un vocabulario más extenso que los otros en el momento de su ingreso a la escuela (3).
	Al nivel del 6º año de estudios, los niños que tienen T. V. en su casa están mejor informados sobre las diversiones, menos informados sobre asuntos públicos. Ninguna diferencia en lo que concierne a las ciencias (3).
JAPON	
Los jóvenes telespectadores leen mejor que los otros niños (4).	Ninguna diferencia (4).
Las notas bajas son paralelas al uso intensivo de la T. V. (9).	Los padres estiman a sus hijos mejor informados (11).
La mayor parte de los padres no notan ninguna diferencia; una minoría tiene la impresión de que la T. V. ayuda a obtener buenas notas (10).	
ESTADOS UNIDOS	
Ninguna diferencia notable (12, 13).	Los niños de edad pre-escolar que disponen de T. V. tienen un vocabulario más amplio (15).
Niños y maestros piensan que la T. V. es útil a la escuela, sobre todo en cursos inferiores (3).	
Al nivel del 6º y 7º año de estudios, los alumnos que ven poco T. V. tienen más éxito en sus estudios que los otros (cuociente intelectual no precisado) (14).	

bajo esta forma por medio de la televisión y de otras en que los alumnos escuchaban directamente al profesor, permitieron comprobar que en la mayor parte de los casos no había diferencia de nivel entre las composiciones finales de los alumnos que habían utilizado la televisión y los otros, y que cuando existía una diferencia, era ésta más a menudo favorable a los alumnos de la televisión (7); se puede esperar, pues, que la televisión escolar "enriquezca" numerosos cursos que permita que se enseñe por especialistas aquellas disciplinas en las cuales se carece de personal especialmente calificado (la enseñanza de lenguas vivas al nivel de la escuela primaria, por ejemplo), que ella dé un nuevo impulso a los cursos de vulgarización y a la enseñanza a domicilio y que sea un precioso recurso en los países en vías de desarrollo que sufren de una carencia de enseñantes.

¿Mejora la televisión en casa el trabajo del niño en la escuela? Es una pregunta de difícil respuesta. El resu-

men que figura a continuación, muestra que no tenemos pocos testimonios objetivos que tiendan a probar que la televisión ayuda a los niños a obtener mejores resultados en la escuela. Por otra parte, no parece que el ver televisión haga bajar las notas de los alumnos. A menudo coincide el gran número de horas pasadas ante la pantalla con la debilidad de las notas en la escuela, pero no se ha probado que la televisión sea la causa fundamental de esta debilidad. En efecto, la mayor parte de los investigadores que han estudiado el comportamiento de los niños ante la televisión, han hecho notar que los niños que más utilizan la televisión son aquellos que ya ofrecen tensiones, sentimientos de frustración, carácter poco satisfactorio en sus relaciones con el prójimo. Ahora bien, estas mismas causas tienden también a reducir la eficacia del trabajo escolar, y el alumno que no tiene éxito en sus estudios, experimenta una decepción que puede arrastrarlo a hacer un uso mayor de la televisión.

## INAUGURACION DEL PABELLON HELENICO EN EL PEDAGOGICO

Entre los prados siempre verdes del que fuera otrora el Instituto Inglés, la expansión de la enseñanza y la investigación superior universitaria han hecho necesario que a los antiguos edificios de sobrio ladrillo que constituyeron el núcleo de lo que fue en un comienzo el Instituto Pedagógico, se vayan agregando, poco a poco, diversos pabellones que acogen las nuevas necesidades de la enseñanza científica y humanística del país.

En esta ocasión mostramos el flamante Pabellón Helénico, recientemente inaugurado, nacido gracias a los aunados esfuerzos de un grupo de personas que mantienen la llama viva del humanismo en el país. En su comienzo, fue una donación de los hermanos Jorge y Gabriel Mustakis, Consejero Cultural y Cónsul General en Valparaíso y Santiago, respectivamente, del Reino de Grecia. Ellos dieron la ayuda inicial, a la que fueron sumándose esfuerzos de otros sectores. El Gobierno de Grecia se ha mostrado vivamente interesado en mantener este foco de cultura helénica en nuestro país y ha hecho efectivos aportes a través del Ministerio de Educación, la Universidad, la Academia, las organizaciones de ediciones de libros educativos, etc., con los cuales la Universidad de Chile ha tomado contacto directo a través de

la actividad del profesor Fotios Malleros. Una muestra efectiva de esto, es la donación de una Biblioteca de literatura griega, que consta de unos 1.500 volúmenes, y que es tal vez la primera de su género en Sudamérica.

En el Pabellón Helénico funciona la sección de Lenguas Clásicas de la Facultad de Filosofía y Educación, dirigida por el prof. Miguel Anabalón. En esta sección se imparte enseñanza nada más que en estas lenguas, y entre sus propósitos tiene el de nutrir a otros países del continente de profesores e investigadores de lenguas clásicas. El prof. Malleros, autor de la primera Historia de Bizancio aparecida en el país, y de una traducción de Hesíodo de "Los trabajos y los días" aparecido en la Editorial Universitaria en edición bilingüe, y celebrada por la crítica de varios países, nos comunica que está entre los propósitos futuros de esta sección el crear un Instituto de Estudios Bizantinos. Por lo demás, el ejemplo de este Pabellón, y el estímulo del Gobierno de Grecia, ha impulsado a otras naciones a colaborar en la difusión de su lengua y literatura. Así tenemos que prontamente será inaugurado un pabellón que cobijará los estudios de carácter arábigo. La sección de Lenguas Clásicas se mantiene viva, heredera de tradiciones milenarias en un mundo contemporáneo. Así se mantiene, viva y gallarda, una tradición humanística cuya hebra se retoma en Chile, y se mantiene un vivero para conservar y expandir una tradición en la cual está fundado lo más entrañable del espíritu de nuestra cultura, bebida en su misma fuente.